

□ Tiempo de lectura: 13 min.

San Francisco de Sales propone una pedagogía de la fe que parte de la experiencia humana para conducir al encuentro con lo divino. En el centro de su reflexión se encuentra la felicidad como aspiración natural del hombre, un deseo que solo encuentra su plenitud en Dios. El santo obispo de Ginebra desarrolla una visión optimista de la naturaleza humana, mostrando cómo el alma está creada a imagen de Dios y posee una inclinación natural hacia Él. Esta «conveniencia» entre lo humano y lo divino no es una carga impuesta desde arriba, sino una atracción recíproca que responde a las aspiraciones más profundas del corazón. Francisco de Sales traza así un itinerario espiritual que parte de la contemplación de la belleza creada y de las aspiraciones interiores para conducir al descubrimiento del Bien supremo, invitando a cada persona, especialmente a los jóvenes, a entregarse a Dios sin esperar.

Una cuestión de felicidad

«El hombre ha sido creado para la felicidad y la felicidad para el hombre», afirma Francisco de Sales. Se trata de un deseo natural común a todos: «Todo hombre aspira al bien y desea que se le muestre; yo no soy de los que no lo desean, porque he descubierto en mí mismo un cierto instinto natural que me lleva y me hace tender a la felicidad». Pero los humanos a menudo se equivocan en los medios: algunos la buscan en las riquezas, otros en los placeres, y otros en los honores.

En realidad, solo el «bien supremo» puede satisfacer plenamente el corazón humano. Francisco de Sales no encontraba ninguna dificultad en identificar el bien supremo con Dios; esto le hace decir que «el corazón humano tiende naturalmente a Dios, que es su bienaventuranza». Había aprendido de sus maestros de filosofía que la «felicidad práctica», identificada en particular con la posesión de la sabiduría, la honestidad, la bondad y el placer, no era todavía la verdadera felicidad del hombre; para alcanzarla es necesario superar la dimensión del hacer y del tener y tender a la del ser y la esencia, porque el objeto de la «felicidad esencial» del sujeto humano no puede ser otro que «Dios, y solo Él».

San Francisco de Sales tiene plena confianza en la inteligencia y en la voluntad, «facultades universales que abarcan todo lo que es verdadero y bueno; ahora bien, Dios es el objeto más universal que puede haber, ya que es la plenitud de la bondad y de la verdad; Dios, por tanto, es el objeto de estas facultades, y solo él es capaz de satisfacerlas completamente».

En este punto le viene a la mente la célebre frase de san Agustín: «¡Dios mío!

mi corazón ha sido creado para ti y no tendrá reposo ni tranquilidad hasta que no goce en ti». La felicidad es la unión con Dios «a la que tendemos de modo totalmente natural». «Por una especie de paradoja –comenta Louis Lavelle– no percibimos el corazón de nosotros mismos, sino a través de un movimiento que nos lleva más allá de nosotros mismos».

Tendemos naturalmente a esta unión, sin embargo, somos incapaces de alcanzarla por nosotros mismos: es objeto de un puro don de Dios, que toma la iniciativa. Destinada al hombre sin ningún mérito por su parte, esta unión «no parece ser verdadera felicidad sino cuando el sujeto humano la posee, porque Dios la ha creado precisamente para la felicidad del hombre, y se la ha prometido de tal manera que está obligado a dársela». Entre la aspiración innata de la persona humana y el proyecto de Dios que quiere unirse a nosotros, se establece una relación que Francisco de Sales llama «conveniencia».

Conveniencia entre el hombre y Dios

La relación entre lo humano y lo divino se explica por el hecho de que entre el hombre y Dios existe lo que Francisco de Sales llama una «conveniencia», una suerte de complicidad, se podría decir. Nada de extraño en ello: «Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios: ¿qué significa esto, sino que tenemos una gran conveniencia con su divina majestad?».

El autor del *Teótimo* distingue varias formas de «conveniencia», comenzando por la de semejanza. El alma humana se asemeja a Dios porque es «espiritual, indivisible, inmortal; [ella] entiende, quiere libremente; es capaz de juzgar, de discurrir, de comprender y de tener virtudes». Es más, el alma «reside toda en todo su cuerpo y en cada una de sus partes, como la divinidad está toda en todos y en cada parte del mundo».

Pero la semejanza más maravillosa es la hecha «a imagen y semejanza» de la unidad y trinidad divina. En efecto, como Dios ha dado a conocer su pensamiento a través del Hijo, que procede de él, y expresa su amor que procede de él y de su Hijo, por obra del Espíritu Santo, así el hombre conoce con su inteligencia y ama con su voluntad amorosa. Las tres Personas divinas son distintas pero inseparables: del mismo modo los actos de la persona humana que proceden de su inteligencia y de su voluntad son verdaderamente distintos, aunque «permanecen inseparablemente unidos en el alma y en las facultades de las que proceden». De este modo, todo es perfectamente uno: con su intelecto y su voluntad el hombre forma una imagen de la Trinidad.

Además de esta «conveniencia» por semejanza, el autor se interesa sobre todo por la «correspondencia sin par entre Dios y el hombre en vista de la recíproca

perfección». Con esto quiere decir que Dios es poderosamente llevado a ejercer su bondad hacia la humanidad y que esta tiene una extrema necesidad y una radical capacidad de recibir el bien que Dios le quiere dar. «Es, pues, un dulce y deseable encuentro el de la abundancia y la indigencia». Se encuentra una reciprocidad de este tipo no solo en la relación amorosa del esposo y la esposa, tal como se describe en el Cantar de los cantares, sino también en la figura de la madre que goza al ofrecer su leche al recién nacido, el cual se complace en recibirla:

Las madres a veces tienen los pechos tan firmes y abundantes, que no pueden resistirse a ofrecerlos a algún niño; y aunque el niño succiona el pecho con gran avidez, es aún mayor el afán de la nodriza en ofrecérselo; el niño succiona impulsado por su propia necesidad, la madre, al amamantarlo, por su abundancia.

Inclinación natural hacia Dios

Esta «conveniencia» entre Dios y el hombre es continuamente alimentada por lo que Francisco de Sales llama «inclinación natural», la cual empuja al hombre hacia Dios. Ciertamente, como buen teólogo, articula de modo conveniente el deseo de lo sobrenatural y su gratuidad: por un lado, el corazón humano tiende a Dios movido por la inclinación natural, por otro lado, la felicidad a la que aspira va mucho más allá de una simple alegría natural. Sin embargo, dedica bastante tiempo a mostrar el camino que va del deseo natural a su satisfacción sobrenatural. Se detiene en las capacidades naturales del hombre que lo conducen hacia el Todo, explicando que «su intelecto tiene una inclinación sin límites a saber siempre más, y su voluntad un apetito insaciable de amar y encontrar el bien». Enseña que el intelecto no se contenta con verdades parciales y fragmentarias, y subraya que su movimiento espontáneo lo lleva a la búsqueda de la Verdad; que la voluntad con su capacidad de amor es atraída por el Bien supremo capaz de satisfacer su deseo. ¿De dónde viene esta inclinación extraordinaria? La conclusión se impone por sí misma: hay «algún operador infinito» que imprime en mí «este infinito deseo de saber, y este apetito que no puede ser saciado» en este mundo y por este mundo.

Esta inclinación dirigida a buscar el bien y, digámoslo, a amar a Dios, ha permanecido en el hombre incluso después del pecado original. Es verdad que a menudo no aparece en absoluto, ya que permanece «secreta, oculta y casi dormida en el fondo de la naturaleza», «adormecida e inadvertida»; pero cuando se encuentra con su objeto, he aquí que de repente se despierta y «aparece como una chispa bajo la ceniza», como el perdigoncillo, acurrucado bajo las alas de una perdiz «ladrona», que corre hacia su verdadera madre a su primer llamado.

Desde el punto de vista cronológico y siguiendo el desarrollo natural del niño,

esta inclinación hacia Dios aparece como la última. En efecto, el amor del niño se manifiesta primero hacia sí mismo, luego hacia la madre, luego hacia los demás, antes de dirigirse a Dios, cuando se vuelve capaz de ello. «El amor divino es el último nacido entre los afectos del corazón humano», pero no por ello es menos importante o facultativo, porque está destinado por la naturaleza a prevalecer sobre todos los demás amores: «Todo está sometido a este amor celestial que exige ser o rey o nada, no siéndole posible vivir sino como rey, ni reinar sino como soberano». Excelente humanista, Francisco de Sales no puede sino considerar la plenitud que el cristianismo confiere al hombre: «Vemos bien que no podemos ser verdaderos hombres si no tenemos la inclinación a amar a Dios más que a nosotros mismos, ni verdaderos cristianos, si no ponemos en práctica tal inclinación».

Atracción recíproca

El Dios de san Francisco de Sales atrae a aquel que va hacia él:

Ya sea que la unión de nuestra alma con Dios se realice imperceptiblemente, ya sea que ocurra de modo perceptible, el autor es siempre Dios, y nadie puede unirse a él si no es él mismo quien se mueve primero, y nadie puede ir a él si no es atraído por él, como testimonia el Esposo divino diciendo: 'Nadie puede venir a mí si no lo atrae mi Padre; cosa que proclama también la Esposa celestial cuando dice: Atráeme, corramos a la fragancia de tus perfumes.'

Entre Dios y el hombre existe una atracción mutua, tanto que el rechazo voluntario de Dios le parecía a Francisco de Sales algo impensable, increíble. Una vez probado el amor de Dios, ¿cómo es posible renunciar a su dulzura? «Los niños, aun siendo niños, si son alimentados con leche, mantequilla y miel, rehúyen el amargor del ajeno y de la hiel, y lloran hasta quedarse sin aliento si se les obliga a probarlos: y entonces, buen Dios, el alma, una vez unida a la bondad del Creador, ¿cómo puede abandonarlo para seguir la vanidad de las criaturas?».

El encuentro de Dios y del hombre abierto a la trascendencia no es una carga que Dios ha impuesto a los seres humanos, sino un placer para compartir:

Si el hombre piensa con un poco de atención en la divinidad, inmediatamente siente una cierta dulce emoción en el corazón, lo que prueba que Dios es el Dios del corazón humano. En ninguna otra circunstancia nuestro intelecto siente tanto placer como en este pensar en la divinidad, cuyo mínimo conocimiento, como dice el príncipe de los filósofos, vale más que el mayor de todas las demás cosas [...]. Este placer y esta confianza que el corazón humano encuentra naturalmente en

Dios, solo pueden derivar de la conveniencia que hay entre la divina bondad y nuestra alma.

Una pedagogía de la fe

A partir de las concepciones de Francisco de Sales sobre las relaciones entre lo humano y lo divino, es posible imaginar una pedagogía de la fe. Se presentan varias vías. La primera parte del espectáculo de la creación para remontarse hacia el Creador; en efecto, «Dios ha impreso su huella, su signo, su marca en todas las cosas creadas». El obispo de Ginebra se sentía particularmente atraído y sensible a ello.

Para ir a Dios, estamos invitados a seguir la *via pulchritudinis*, la vía de la belleza. Un consejo dado a Filotea suena así: «Aspirad, pues, a menudo a Dios, Filotea, con breves pero ardientes impulsos de vuestro corazón: admirad su belleza». El inicio del *Teótimo* es un himno a la «belleza de la naturaleza humana». En la vida cotidiana, en particular en el momento de la «recreación», el pensamiento de Francisco de Sales se eleva fácilmente de la contemplación de lo bello a la contemplación de la Belleza increada. Su amigo, Camus, era el testigo maravillado de ello:

Cuando se le hablaba de palacios, de pinturas, de música, de caza, de pájaros, de plantas, de jardines, de flores, no reprobaba a quienes se ocupaban de ello, sino que deseaba que todas estas ocupaciones les sirvieran como otros tantos medios y escalas místicas para elevarse a Dios [...]. Si se le mostraba un hermoso vergel, lleno de plantas bien alineadas: “Nosotros somos la agricultura y el taller de Dios”, exclamaba. Si se trataba de palacios contruidos con justa simetría: “Nosotros somos el edificio de Dios”, era su reflexión. [...] Cuando se le mostraban raras y espléndidas pinturas: “No hay nada tan bello –decía–, como el alma hecha a semejanza de Dios”.

Otra vía más interior consiste en mostrar que el sujeto humano alberga en sí deseos y aspiraciones, que lo guían casi espontáneamente por encima de sí mismo. Se trata de sondear las profundidades del corazón humano para descubrir allí los gérmenes divinos que Dios ha depositado. Es sin duda por esta senda que Francisco de Sales conduce al lector del *Teótimo*, siguiendo una «pedagogía de cumbres» que parte del hombre, de su naturaleza y de sus aspiraciones. En esto él respeta la trascendencia de Dios y su iniciativa, porque es él quien ha puesto en el ser humano esta naturaleza y estas disposiciones, y es él quien las colma con su gracia.

Basta comparar el primer libro del *Teótimo* con el segundo, para descubrir la

propuesta de su autor: en el primero, que contiene «una preparación a todo el Tratado», estamos en la tierra, donde vive el hombre como ser hecho para amar; en el segundo libro el autor nos transporta al cielo, para contarnos la «historia de la concepción y del nacimiento celestial del amor divino».

Es, por tanto, la vía ascendente e inductiva la que Francisco de Sales prefiere. Quiere, en efecto, mostrar al sujeto humano que para ser fiel a sí mismo, debe reconocer el dinamismo interno que lo habita y que lo orienta hacia Dios. En este sentido, se puede decir que el primer libro del *Teótimo* no es otra cosa que una preparación filosófica para acoger el don trascendente de la caridad. No toma la vía de la pura trascendencia, que consiste en mostrar un Dios que puede intervenir con poder desde lo alto en la vida de los seres humanos, revelándose y estableciendo una alianza con la plena autoridad de creador y maestro del universo. «Dios es el Dios del corazón humano», escribe el autor del *Teótimo*.

Solo Dios es capaz de colmar el corazón del hombre, porque este está hecho para lo absoluto: «Teniendo pues en cuenta que nada satisface perfectamente nuestra alma y que su aspiración no puede ser agotada por ninguna cosa de este mundo, [...] con razón exclama: ¡No estoy hecha, pues, para este mundo!».

Francisco de Sales parece incapaz de hablar del hombre sin hablar de Dios, ni de hablar de Dios sin hablar del hombre.

La juventud y Dios

Abrirme a la trascendencia y conocer a Dios como mi Bien supremo, todo esto me empuja a donarme a él. Esto no depende de la edad. El sobrino y biógrafo de Francisco de Sales, Charles-Auguste, cuenta que cuando era muy joven, su tío repetía a menudo a sus compañeros de juego: «Aprendamos desde temprano a servir a Dios y a rezarle, mientras nos da la posibilidad».

¿Habría que esperar a crecer en años para donarse a Dios? Tal perspectiva está indudablemente fuera de las miras del obispo saboyano, quien no cesa de repetir a aquellos que han elegido su dirección: «No deseáis no ser lo que sois, sino deseáis ser de la mejor manera lo que sois». Si sois jóvenes, sedlo de verdad, según vuestra vocación y ocupación. «Aprendamos a servir a Dios de verdadero corazón y desde temprano» –exhortaba Francisco de Sales–, que no olvidaba a este propósito el dicho bíblico: «Bueno es para el hombre haber llevado el yugo desde su juventud». Es lo que hizo el duque de Mercœur, cuya educación cristiana recibida en la juventud debía dar copiosos frutos en la edad madura:

En este príncipe debe ponerse de relieve la alabanza por haber nutrido tan bien sus primeras inclinaciones con la virtud, aun entre tantos encuentros y ocasiones, visto

que [...] ni la corte, ni la guerra, enemigos jurados de la devoción, aunque ayudados por los secretos halagos de la juventud, de la belleza y comodidad de este excelente príncipe, pudieron jamás conquistar su alma, la cual se mantuvo siempre pura e indemne en medio de tantas atracciones.

La «devoción» enseñada por Francisco de Sales es válida para todos, y no solo para todas las condiciones de vida y para todas las vocaciones, sino también para todas las edades, y, en particular para los jóvenes: esta «hace la juventud más sabia y más amable y la vejez menos insoportable y aburrida». Es el mejor compromiso que uno puede asumir desde los «albores de su edad», tanto más cuanto que no sabe cuántos serán sus años. «Hay quienes rinden homenajes a Dios de lo que no tienen» –afirma el obispo de Ginebra imaginando este pequeño diálogo–: «Hijo mío, ¿por qué no eres devoto? – Lo seré en mi vejez. – ¡Buen Dios! ¿Quién sabe si llegarás a viejo?». En varias ocasiones Francisco de Sales deberá combatir este rasgo de la mentalidad corriente:

Es del todo seguro que los viejos están cerca de la muerte y que los jóvenes pueden morir pronto; no obstante, probad a hablar a un joven atolondrado e interrogadlo sobre su salud: ¡Qué!, dirá, ¿no basta que yo dedique a Dios los días de mi vejez? Es necesario, pues, donarse a tiempo, mientras se es joven.

La juventud posee recursos a veces insospechados. Ciertamente, el viejo Abraham es admirable, cuando quiere obedecer a Dios aceptando inmolarle a su hijo, pero «ver a Isaac, en la primavera de sus años, todavía novicio y aprendiz en el arte de amar a su Dios, ofrecerse, a la sola palabra de su padre, a la espada y al fuego para ser un holocausto de obediencia a la divina bondad, es cosa superior a toda admiración».

En cuanto a las personas del «sexo débil», no se cuentan las que han elegido el martirio en la flor de su edad, cuando eran «más blancas que los lirios por pureza, más bermejas que la rosa por caridad, estas a los doce, aquellas a los trece, quince, veinte y veinticinco años». A su decir, conoció a una niña que, «desde la edad de nueve a los diez años», «deseó morir por la fe y por la santa Iglesia».

Donarse a Dios cuando uno es joven es un tema particularmente frecuente en las conferencias dirigidas por el fundador de la Visitación a las hermanas, especialmente con ocasión de las tomas de hábito y de las profesiones de las religiosas. Como algunas candidatas eran a menudo muy jóvenes, teniendo una solo «quince años y la otra dieciséis», la ocasión se prestaba para abordar el tema

de la adolescencia en su relación con Dios y para enseñar que la juventud que se dona a Dios suscita una felicidad recíproca:

Es muy cierto que la belleza de quienes se dedican a la divina majestad desde su adolescencia es muy grande, tanto más cuanto que Dios lo desea y se complace grandemente, mientras que deplora, por el contrario, cuando declara por boca del Profeta que desde su adolescencia ellos han abandonado su camino y han tomado la senda de la perdición.

En consecuencia, «la divina Bondad desea el tiempo de nuestra juventud, siendo el más adecuado para ponernos a su servicio». Afirmará también que «Dios ama de modo particular las primicias de los años y desea que le sean consagradas». Y si hubiera que elegir entre dos tipos de flores, las rosas o los lirios, su preferencia caía sobre las primeras, «porque las rosas son más perfumadas por la mañana».

Uno puede ser joven toda su vida, pero para los jóvenes que lo son «por edad» es una felicidad «extraordinaria poder dedicar a la divina majestad estos sus mejores años». Cuando Nuestro Señor es el primer amor de la vida, el resultado puede ser admirable, porque estas «jóvenes almas que aún no han puesto su amor en ninguna otra parte, están maravillosamente dispuestas a amar al celestial Amante de nuestros corazones». Hablando de aquellos que se han dedicado a Dios desde su juventud y que luego han sido perseverantes, se podrá decir que «en ellos todo ha sido bueno, las hojas, las flores y los frutos: su infancia, su juventud y el resto de su vida».